

continuando el género de vida anterior hasta en el mismo sucumbir; como hizo Catón, que se ocupaba en estudiar y en dormir habiendo de soportar un fin violento y rudo, cuya imagen tenía grabada en su mente y en su pecho, y al alcance de su mano.

## CAPÍTULO XXII

## DE LAS POSTAS

No fui yo de los más flojos en este ejercicio, que es adecuado para personas de mi estatura, corta y resistente; pero ya lo abandoné porque nos desgasta demasiado para que pueda durar mucho tiempo. Hace un momento leía que el rey Ciro para recibir con mayor facilidad nuevas de todos los lugares de su imperio, que era de una extensión muy dilatada, informóse del camino que un caballo podía recorrer en un día, sin detenerse, y estableció hombres para que los tuvieran prestos y se los entregaran á los que á él se dirigieran. Dicen algunos que la rapidez de la marcha del caballo, con ese andar, es igual á la del vuelo de las grullas.

Refiere César que Lucio Vibulio Rufo, teniendo urgencia de comunicar una noticia á Pompeyo, encaminóse hacia él marchando día y noche y cambiando de caballos para no perder un momento. El mismo César, según Suetonio, recorría cien millas por día en un vehículo de alquiler, lo cual no es de maravillar, pues era un corredor furioso; donde los ríos le cortaban el paso, franqueábalos á nado, y no se apartaba del camino más corto para buscar un puente, ó el lugar en que el vado fuera más fácil. Tiberio Nerón, yendo á visitar á su hermano Druso, que se encontraba enfermo en Alemania, hizo doscientas millas en veinticuatro horas, sirviéndose de tres vehículos. En la guerra de los romanos contra el rey Antioco, dice Tito Livio que Sempronio Graco, *per dispositos equos prope incredibili celeritate ab Amphissa tertio die Pellam pervenit*<sup>1</sup>; y del contexto del historiador se infiere que los caballos estaban de asiento en los sitios donde los tomaba, y no puestos expreso para este viaje.

La idea que ocurrió á Cécina de enviar nuevas á los suyos era mucho más rápida. Llevaba consigo golondrinas, y las soltaba hacia sus nidos cuando quería comunicar noticias á su familia, tiéndolas con el color propio á significar lo que quería, según concertara de antemano con sus gentes.

En los teatros de Roma los padres de familia llevaban consigo palomas, que guardaban en el pecho, á las cuales

1. Dirigióse en tres días de Amphissa á Pella en caballos de relevo con celeridad casi increíble Tito Livio, XXXVIII, 7.

sujetaban las cartas cuando querían comunicar alguna cosa á sus gentes en el domicilio. Estaban hechas estas palomas á comunicar la respuesta. D. Bruto se sirvió de ellas en el sitio de Módena, y otros en distintas circunstancias.

En el Perú iban los correos montados en cargadores que los conducían con velocidad sobre los hombros, y sin detenerse en la carrera colocábanlos sobre otros hombres.

Á los valacos, que son los correos del Gran Señor, se les encomiendan comisiones de una diligencia extraordinaria, puesto que les es lícito desmontar al primer jinete que se cruza por su camino, á quien dan su caballo ya rendido. Además, para evitar el cansancio se oprimen bien el cuerpo con una banda ancha, como también algunos otros pueblos acostumbran. Yo no he hallado alivio alguno en la práctica de esta usanza.

## CAPÍTULO XXIII

## DE LOS MALOS MEDIOS ENCAMINADOS Á BUEN FIN

En este universal concierto de las obras de la naturaleza existe una relación y correspondencia maravillosas, evidente muestra de que aquél no es fortuito ni está tampoco gobernado por diversos maestros. Las enfermedades y condiciones de nuestro cuerpo vense también en las naciones y en sus leyes: los reinos y las repúblicas nacen, florecen y fenecen de vejez como nosotros. Estamos sujetos los hombres á una plétora de humores inútil y dañosa, ya sean buenos (aun éstos son temidos por los médicos), porque nada hay en nuestro organismo que sea permanente: y dicen que el perfecto estado de salud, demasiado rozagante y vigoroso, nos es preciso disminuirlo y rebajarlo por arte, porque no pudiendo nuestra naturaleza detenerse en ninguna posición fija, y no teniendo donde subir para mejorarse, temen que no vuelva hacia atrás de pronto y tumultuariamente. Por eso á los atletas y á los gladiadores se les ordenaban las purgas y sangrias con el fin de aligerarlos de la superabundancia de salud. Existe también la plétora de malos humores, que es la causa ordinaria de las enfermedades. Lo propio acontece en los Estados, y para curarlos échase mano de diversas suertes de purgas. Ya se procura salida á una gran multitud de familias para descargar el país, las cuales van á buscar en otras partes acomodo á expensas ajenas; así nuestros antiguos francones que salieron de lo más interno de Alemania vinieron á apoderarse de la Galia, de donde desalojaron á los primitivos habitantes: así se forjó aquella infinita marea humana que invadió Italia bajo el mando de Breno y otros guerre-



ros; así los godos y los vándalos, y los pueblos que, poseedores de la Grecia actual, abandonaron el país de su naturaleza para establecerse en otros más á sus anchas. Apenas si existen dos ó tres rincones del mundo que no hayan experimentado los efectos de estas conmociones. Por este medio fundaban los romanos sus colonias, pues advirtiéndolo que su ciudad engrosaba más de lo conveniente, descargábanla del pueblo menos necesario, y le enviaban á habitar y cultivar las tierras que habían conquistado. Á veces de intento sostuvieron guerras con algunos de sus enemigos, no sólo para mantener á la juventud vigorosa, temiendo que la ociosidad, madre de toda corrupción, la acarrearía algún perjuicio más dañoso,

Et patimur longæ pacis mala; sævior armis,  
Luxuria incumbit<sup>1</sup>;

sino también para que la lucha sirviera de sangría á su república y refrescara un poco el ardor demasiado vehementemente de la gente moza, acortando así y aclarando el ramaje de este árbol frondoso y robusto. Con semejante fin hicieron la guerra de Cartago.

Eduardo III, rey de Inglaterra, no quiso comprender en el tratado de Bretigny, por virtud del cual ajustó paces con nuestro rey, la cuestión relativa al ducado de Bretaña, con el fin de poder descargarse de sus guerreros, y para que la multitud de ingleses de que se había servido en los negocios de Francia no se lanzara en Inglaterra. Análoga fué la causa de que nuestro rey Felipe consintiera en enviar á Juan, su hijo, á la guerra de ultramar, á fin de que llevara consigo un número considerable de jóvenes vigorosos que había entre sus tropas de á caballo.

Muchos hay en el día entre nosotros que discurren de manera semejante, deseando que este perpetuo combatir que nos circunda pudiera desviarse á alguna guerra vecina, y temiendo que estos viciosos humores que á la hora presente imperan en nuestro cuerpo social mantengan nuestra fiebre siempre fuerte, y acarreen al cabo nuestra entera ruina si no se les da otra dirección. Y en verdad que una guerra extranjera es un mal menos nocivo que la civil, mas no creo que Dios favoreciera la injusta empresa de ocasionar perjuicios á los demás en ventaja propia.

Nil mihi tam valde placeat, Rhamnusia virgo,  
Quod temere invitis suscipietur heris<sup>2</sup>.

Sin embargo, la debilidad de nuestra condición nos empu-

1. Sufrimos los males de una larga paz porque los vicios son más crueles que el estruendo de las armas. JUVENAL, VI, 291.

2. No consentas jamás, ¡oh diosa! que me domine tan violentamente el deseo de algo hasta el punto de lanzarme en su posesión atropellando la justicia. CATULO, LXVIII, 77.

ja á veces á este extremo de echar mano de medios viciosos para conseguir fines justos. Licurgo, el legislador más cumplido y virtuoso que jamás haya existido, se sirvió de este proceder injustísimo para instruir á su pueblo en la templanza al hacer que los siervos ilotas se embriagara, á fin de que al verlos así perdidos y ahogados en el vino los espartanos tomaran horror al desbordamiento de tal vicio. Conducta peor todavía era la de aquellos que en lo antiguo consentían que los criminales, cualquiera que fuese el género de muerte á que se los condenara, fueran desgarrados vivos por los médicos para ver al natural las partes internas del cuerpo humano y alcanzar mayor ciencia en su arte, pues si en ocasiones el desbordamiento de la ley natural se impone, más excusable es infringirlo para alcanzar la salud del alma que la del cuerpo, como los romanos acostumbraban al pueblo al valor y á menospreciar los peligros y la muerte por medio de los furiosos espectáculos de gladiadores y esgrimidores hasta el acabar, los cuales luchaban, se despedazaban y se mataban en presencia de la multitud:

Quid vesani aliud sibi vult ars impia ludi,  
Quid mortes juvenum, quid sanguine pasta voluptas<sup>1</sup>?

costumbre que duró hasta la época del emperador Teodosio:

Arripe dilatam tua, dux, in tempora famam,  
Quodque patris superest, successor laudis habeto...  
Nullus in urbe cadat, cujus sit pœna voluptas...  
Jam solis contenta feris, ir famis arena  
Nulla cruentatis homicidia ludat in armis<sup>2</sup>.

Era en verdad un maravilloso ejemplo y de frutos fecundísimos para la educación del pueblo el contemplar todos los días cien, doscientas y hasta mil parejas de hombres armados los unos contra los otros, cortándose en pedazos con firmeza tan suprema de ánimo que jamás se les oyó proferir una palabra que revelara flojedad ó que pidiera consideración; ni se les veía volver la espalda, ni hacer siquiera un movimiento hacia atrás para esquivar el golpe del adversario, sino siempre tender el cuello al arma enemiga y presentarlo ante la recia sacudida. Aconteció á muchos, hallándose ya medio muertos, y acribillados de heridas, tener anhelo por saber si el pueblo estaba contento de su faena antes de tenderse en la tierra para exhalar el último

1. ¿Qué otra cosa se proponen ese arte cruel de los gladiadores y demás placeres sangrientos del circo?

2. Busca, ¡oh príncipe! para tu mando un renombre glorioso, á fin de que el legado del padre se acrezca con la fama alcanzada por el hijo. Haz que ningún hombre perezca en nuestra ciudad en esas luchas con que el pueblo se divierte. Contétese la arena cruel con las luchas entre fieras, pero que no se sigan cometiendo homicidios en juegos brutales. PRUDENCIO, *contra Simaco*, II, 643.



suspiro. No bastaba sólo que con vigor combatiesen y muriesen, siempre, era además preciso que ambas cosas las hicieran con regocijo, de suerte que se les aullaba y maldecía al verlos cariacontecidos recibir la muerte; las mismas jóvenes infundían ardor y ánimo:

Consurgit ad ictus:  
Et, quoties victor ferrum ingulo inserit, illa  
Delicias ait esse suas, pectusque jacentis  
Virgo modesta jubet converso pollice rumpi<sup>1</sup>.

En los primeros tiempos sacrificábase en las luchas á los criminales, pero luego se echó mano de inocentes siervos y hasta de hombres libres que se vendían para este fin, y aun de senadores, caballeros romanos y hasta mujeres:

Nuc caput in mortem vendunt, et funus arenæ,  
Atque hostem sibi quisque parat, quum bella quiescunt<sup>2</sup>;

Hos inter fremitus novosque lusus...  
Stat sexus rudis insciusque ferri,  
Et pugnas capit improbus viriles<sup>3</sup>.

lo cual encontraría peregrino é increíble si á diario no estuviéramos acostumbrados á ver en nuestras guerras muchos millares de gente extraña que por dinero compromete sangre y vida en querellas en que no tiene interés alguno.

#### CAPÍTULO XXIV

##### DE LA GRANDEZA ROMANA

Sólo una palabra quiero apuntar aquí de pasada sobre este infinito tema para hacer patente la simplicidad de los que la ponen á la par del esplendor raquítico de estos tiempos. En el libro séptimo de las epístolas familiares de Cicerón (y que los gramáticos supriman este sobrenombre si les place, pues en verdad no las es muy adecuado; los que lo sustituyeron con *ad familiares* pueden encontrar algún fundamento en lo que Suetonio escribe en la vida de César, esto es, que había un volumen de cartas de aquél dirigidas á sus familiares), hay una para César, quien á la sazón se encontraba en la Galia, en la cual el célebre orador copia las palabras siguientes, consignadas al final

1. Levántase para ver mejor el combate, y cuando el vencedor clava el hierro en la garganta del vencido dice que se halla en sus delicias; entonces con gesto imperioso pide que rematen al infeliz atravesándole de parte á parte. PRUDENCIO, *contra Simaco*, II, 617.

2. Ponen su vida á precio para jugarla en el circo, y aun cuando no haya guerra cada cual se dispone á luchar con el enemigo. MANILIO, *Astronomia*, IV, 223.

3. Es tal el entusiasmo que despiertan estas nuevas diversiones, que aun el sexo débil, inhábil para manejar las armas, desciende á la arena y toma parte en las luchas temibles de los hombres. ESTACIO, *Sylv.*, I, 6, 51.

de otra que el primero le había enviado: « Por lo que toca á Marco Furio, á quien me recomendaste, le haré rey de la Galia; si quieres que prospere algún otro de tus amigos, envíamele. » No es cosa nueva el que un simple ciudadano romano, como César era entonces, dispusiera de reinos, pues arrebató el suyo al rey Dejotaro para dárselo á un gentilhomme de la ciudad de Pérgamo, llamado Mitridates, y los que escriben su vida señalan varios reinos por él vendidos. Suetonio cuenta que de una sola vez extrajo tres millones y seiscientos mil escudos á Tolomeo, al cual faltó poco para venderle su reino:

Tot Galatæ, tot Pontus eat, tot Lydia nummis<sup>1</sup>.

Decía Marco Antonio que la grandeza del pueblo romano no se mostraba tanto en lo que se apropiaba como en lo que daba. Cosa de un siglo antes de este emperador, Roma se hizo dueña, entre otros, de un reino por virtud de autoridad tan soberana, que toda su historia no encuentra marca que ponga más alto el nombre de su crédito. Antioco era dueño de todo Egipto y se hallaba preparado á la conquista de Chipre y demás provincias de aquel imperio. Encontrándose así en el apogeo de sus expediciones recibió la visita de Cayo Popilio, que representaba al senado; éste se opuso á presentarle su mano hasta que leyera las instrucciones que llevaba. Tan luego como el rey las hubo leído respondió al comisionado que le diera tiempo para deliberar; á lo cual Popilio, trazando un círculo alrededor del rey con la varilla que tenía en la mano, dijo: « Contéstame de suerte que me sea dable comunicar tus palabras al cuerpo que represento antes de que tus pies salgan de este círculo. » Sorprendido Antioco de lo enérgico y apremiante de la orden, y después de haber reflexionado brevemente: « Haré respondió, lo que me ordena el senado. » Sólo entonces le saludó Popilio como á amigo del pueblo romano. ¡Renunciar á una tan extensa monarquía así como al curso de tan afortunada prosperidad merced á tres ó cuatro plumazos, es en verdad caso peregrino! Tuvo Antioco luego razón sobrada para enviar á decir al senado romano por mediación de sus embajadores que había recibido las órdenes que aquél le comunicara con igual reverencia que si de los dioses inmortales emanaran.

Los reinos todos que á Augusto procuraron sus conquistas devolviélos á quienes los perdieron, ó con ellos hizo presentes á personas extrañas. Hablando Tácito de Cogiduno, rey de Inglaterra, con motivo del proceder de Augusto, nos hace ver, valiéndose de un rasgo extraordinario, el infinito poderío de Roma. Acostumbraban los romanos,

1. Tanto la Galacia, tanto el Ponto, tanto la Lidia. CLAUDIANO, *in Eutrop.*, I, 203.



dice, desde remotísimos tiempos, á dejar á los reyes que vencieran en la posesión de sus reinos bajo su autoridad, « con el fin de hacer hasta de los monarcas mismos instrumentos de servidumbre ». *Ut haberent instrumenta servitutis reyes*. Verosímil es que Solimán, á quien hemos visto hacer presente del reino de Hungría y otros Estados, atendiera más á esta consideración que no á la que tenía por costumbre alegar; ó sea « que estaba ya tan cargado y saciado de tantas monarquias y dominaciones, las cuales su valer personal ó el de sus antepasados le habían hecho adquirir ».

## CAPÍTULO XXV

## INCONVENIENTES DE SIMULAR LAS ENFERMEDADES

Hay un epigrama de Marcial, que es de los buenos (también los escribió medianos y malos), en el cual refiere con gracia suma el sucedido de Celio, quien, por no usar de cortesanas con algunos grandes de Roma, como encontrarse junto á ellos cuando abandonaban el lecho, asistir á sus reuniones y seguirles en el paseo, simuló estar enfermo de gota, y para aparentar su excusa con verosimilitud mayor hacia que le diesen unturas en las piernas, llevó balas envueltas é imitaba cabalmente el continente y porte de un gotoso; mas aconteció al fin que la enfermedad le atrapó de veras:

Tantum cura potest, et ars doloris!  
Desit fingere Coelium podagram<sup>1</sup>!

Creo haber leído en un pasaje de Apiano la historia análoga de un individuo que, deseando escapar á las proscripciones de los triunviros de Roma, para no ser conocido sin ejercicio, y que la virtud visual se encaminara íntegra al otro ojo; pues con toda evidencia experimentamos que el que tenemos cubierto envía á su compañero alguna parte de su fuerza, de manera que el que permanece descubierto se dilata y se convierte en más abultado.

1. Tanto pueden el cuidado y el arte de estar enfermo que Celio no necesita ya fingir la gota. MARCIAL, VII, 33, 8.

De la propia suerte la ociosidad, junta con el calor de las ligaduras y los medicamentos, había podido muy bien atraer algún humor podágrico al gotoso de Marcial.

Leyendo en Froissard la promesa que hiciera una tropa de caballeros jóvenes ingleses, que consistía en llevar vendado el ojo izquierdo hasta que hubieran penetrado en Francia y á expensas nuestras ganado algún hecho de armas, hame cosquilleado á veces el deseo de que les hubiese sucedido lo que aconteció á los dos individuos de que hablé, y que se hubieran encontrado todos tuertos al ver de nuevo á sus amadas, á las cuales brindaban el resultado de su empresa.

Obran cuerdamente las madres al reprender á sus hijos cuando éstos remedan el tuerto, el cojo ó el bizco y otros defectos físicos, pues sobre que el tierno cuerpo de las criaturas puede con ello viciarse, no sé cómo ocurre que la casualidad se mofa lindamente de nosotros castigándonos. He oído referir muchos casos de gentes que cayeron enfermas por fingir que lo estaban. Yo acostumbré siempre á llevar en la mano, lo mismo andando á caballo que á pie, una varilla ó un bastón para darme aires de elegancia ó apoyarme con afectado continente: por ello muchos me amenazaron con que la casualidad acaso cambiara un día estos melindres en necesidad obligada. Para rechazar esta amonestación alego yo que sería el primer gotoso entre todos los de mi estirpe.

Pero alarguemos todavía este capítulo y abigarrémosle con otro apunte á propósito de la ceguera. Cuenta Plinio que un individuo, soñando una noche que estaba ciego, encontróse tal en efecto al día siguiente, sin que padeciera ninguna enfermedad que á situación tan lamentable le encaminara. La fuerza de la imaginación puede muy bien ayudar en este caso particular, como dije en otra parte<sup>1</sup>; Plinio semeja ser de este parecer, pero es más verosímil todavía opinar que los movimientos que el cuerpo experimentó interiormente, de los cuales los médicos buscarán la causa si les place, fueron los que le privaron de la vista y los que al sueño dieron margen.

Añadamos aún otro sucedido análogo al precedente, que Séneca refiere en una de sus cartas: « Ya sabes, dice, dirigiéndose á Lucilio, que Harpasta, la loca que dirigiste á mi mujer, ha permanecido entre nosotros como cosa hereditaria, pues por lo que á mí toca soy enemigo de estos monstruos, y si alguna vez me vienen ganas de reír de un bufón, no he menester buscarlo lejos: me río de mí mismo; pues bien, esta pobre mujer ha perdido súbitamente la vista. La cosa te parecerá extraña, pero es verídica de todo en todo: no advierte que está ciega, y constantemente habla al que

1. En el capítulo XX del libro I



la conduce de cambiarla de lugar, porque dice que mi casa es lóbrega. A todos se nos ocurre reírnos á sus expensas; nadie echa de ver que es avaro ni codicioso; los ciegos si quiera solicitan un guía, nosotros nos descarriamos voluntariamente. No soy ambicioso, decimos, pero en Roma no se puede vivir sino siéndolo; no soy fastuoso, mas habitar en la ciudad requiere siempre gastos grandes; cuando monto en cólera, la culpa no es mía, obedece á que aun no establecí la ordenada manera de vivir, y debe achacarse también á la inexperiencia de mis años. No busquemos fuera de nosotros la causa de nuestro mal, busquémosla dentro, pues está plantada en nuestras entrañas; y la circunstancia de no reconocer nuestra enfermedad hace nuestra curación más difícil. Si muy luego no la empezamos, cuándo habremos puesto remedio á tantas llagas y á tantos males como nos minan? Á nuestro alcance tenemos una dulcísima medicina, que es la filosofía; con el uso de las otras el placer no se experimenta sino después de la extirpación del mal; ésta es grata y sana juntamente. Tales son las palabras de Séneca, que si bien me apartaron de mi asunto fué en provecho del lector, que salió ganancioso en el cambio.

## CAPÍTULO XXVI

## DE LOS PULGARES

Refiere Tácito que para sellar sus pactos algunos reyes bárbaros acostumbraban á juntar fuertemente la palma de la mano derecha, y á entrelazar después los pulgares hasta que, de puro apretar, la sangre casi salía por las yemas. Luego se los punzaban ligeramente y se los chupaban con reciprocidad mutua.

Los médicos dicen que los pulgares son los dedos maestros de la mano, y que la palabra pulgar viene de *pollere*<sup>1</sup>. Los griegos los llaman *ἀντιχειρ*, que vale tanto como decir otra mano, y entiendo que los latinos toman también á veces este vocablo en el sentido de una mano cabal:

Sed nec vocibus excitata blandis,  
Molli pollice nec rogata, surgit.

En Roma era signo de merced el estrechar y besar los dedos pulgares:

Fautor utroque tuum laudabit pollice iudum<sup>2</sup>,

y de desfavor, el levantarlos volviéndolos hacia fuera:

1. Poder, valer mucho.
2. Aplaudirá tu juego bajando los dos pulgares. HORACIO, *Epist.* I, 48,

Converso pollice vulgi,  
Quemlibet occidunt populariter<sup>1</sup>.

Dispensaban los romanos del servicio militar á los que tenían esos dedos defectuosos, ó sólo uno de ellos, como si por esto no pudieran manejar las armas con acierto. Augusto confiscó los bienes á un caballero que apeló á la estratagemma de cortar los pulgares á sus dos hijos para librarlos de empuñar las armas. Antes de aquel emperador el senado romano, en la época de la guerra itálica, había condenado á Cayo Vatio á prisión perpetua, y le había confiscado también todos sus intereses, por haberse cortado el dedo pulgar de la mano izquierda, con el mismo fin que perseguía el caballero para sus hijos.

Alguien, cuyo nombre no recuerdo, habiendo ganado un combate naval, hizo cortar los pulgares á los vencidos para imposibilitarlos de guerrear y de manejar los remos. Los atenienses se los cortaron á los eginetas para que no les aventajasen en el arte de la marinería.

En Lacedemonia los maestros de escuela castigaban á los niños mordiéndoles los dedos pulgares.

## CAPÍTULO XXVII

## COBARDÍA, MADRE DE CRUELDAD

Muchas veces oí decir que la cobardía engendra la crueldad, y en efecto, la experiencia nos muestra que el rigor y agriura del valor brutal, perverso é inhumano, va generalmente unido á la femenina blandura. Yo he visto muchos hombres de la ferocidad más rabiosa sujetos á las lágrimas por fútiles causas. Alejandro, tirano de Pheres, no podía soportar en el teatro la representación de obras trágicas, temiendo que sus ciudadanos le vieran gemir á la vista de las desdichas de Andrómaca y Hécuba; y sin embargo aquel hombre sin entrañas hacía matar con crueldad refinada multitud de gentes todos los días. ¿Es la debilidad de alma la que los trueca así en sensibles hasta el extremo? El valor, cuyo efecto es ejercerse contra la resistencia,

Nec nisi bellantis gaudet cervice juvenci<sup>2</sup>;

detiénese cuando el enemigo se encuentra ya indefenso; mas la pusilanimidad, por aparentar lo que no existe, hallándose incapacitada para ejercer la resistencia, encar-

1. Cuando el público alza los pulgares hay que morir para congraciarse con él. JUVENAL, III, 36.

2. Le agrada sacrificar una víctima que opone resistencia. CLAUDIANO, *Epist. ad Hadrianum*.